

INFLUENZA Y ALETARGAMIENTO SOCIAL

Antonio Cruz Coutiño

Letargo. El antecedente inmediato de esta nuestra palabra es *lethargus*, vocablo latino que deriva del griego *λήθαργος*. Las ciencias médicas la utilizan para designar los “síntomas de varias enfermedades nerviosas, infecciosas o tóxicas, caracterizadas por un estado de somnolencia profunda y prolongada”. El diccionario de la Real Academia Española (2001) registra en su segunda acepción que el letargo es una especie de sopor o modorra, aunque en su tercera y última, da la definición a la que nos atenemos la mayor parte de los hablantes del español en México: “Período de tiempo en que algunos animales permanecen en inactividad y reposo absoluto”. De ello se deriva que tal comportamiento sería típico también entre nosotros, los seres humanos. Sin embargo, esto nos sucede apenas. Le pasa durante una pequeña temporada a los adolescentes, a quienes sufren de depresión o enfermedades terminales, a los enteramente inútiles y holgazanes y, en general, a todos, aunque limitadamente: 1. Tras una cruda de “padre y señor mío”; 2. Luego de una jornada de trabajo, alcohol o drogas de 24 a 48 horas; 3. Tras una madriza policial de las que se acostumbraban en México hasta antes de los 90; o 4. Ante la posibilidad de una expedición orgiástica, de las que merodean el imaginario colectivo. Fuera de ello, las personas comunes no experimentamos nada de esto.

Letargo y aletargamiento social, sin embargo, son asuntos que la sociología ha estudiado. Un cierto tipo de comportamiento social por el cual la inactividad mental, organizacional y productiva es evidente. Ocurre limitada aunque recurrentemente en nuestro caso —en el caso de Chiapas— durante la temporada de lluvias, cuando el “mal tiempo” invade regiones enteras, cuando el temporal lluvioso, la niebla y la falta de sol encierra a todo el mundo en su casa, en ocasiones entre agosto y septiembre. Pero el fenómeno es más bien posterior a la tragedia y a la calamidad generalizada, a las epidemias y a los desastres naturales, por ejemplo, aunque, sobre todo, ulterior a la guerra: un cierto tipo de comportamiento que constriñe no sólo la actividad mental sino incluso los niveles de agilidad física y de consumo. Es una conducta que estimula en el individuo su evasión-enajenación. A ello se debe el incremento —durante períodos de aletargamiento social— de las actividades y comportamientos ascéticos y contemplativos. Ascetismo, recogimiento y contemplación, conductas propias de religiones y artes esotéricas.

Esto ocurre también y ha ocurrido, tras el fastidio de los gobernados ante circunstancias políticas particulares. Ante el desgaste o “cansancio”, por ejemplo, provocado por regímenes políticos extremos, perversos, déspotas

(regímenes autoritarios, guerreristas, depravados). Es decir, ante la decepción y desencanto que provocan en la sociedad la depravación, excesos y corrupción de los gobernantes; las presiones políticas y laborales a las que son sometidos los ciudadanos; la monotonía a la que conducen el control estricto del pensamiento y la acción social, por parte del Estado; la rigidización de las normas sociales; la impopularidad de sus medidas de control social y el fracaso de sus alternativas para elevar el nivel de vida de la población: remediales, económicas, desarrollistas.

Con base en estas ideas, la sociología ha oteado asimismo la posibilidad del aletargamiento social masivo, inducido y artificial, provocado. *Inducido* desde las esferas del Estado, bien como reacción a su comportamiento, o provocado por estrategias puntuales: económicas, sanitarias, políticas, mediáticas. *Artificial*, puesto que de la nada podría surgir cierto letargo, en tanto que estrategia para atemperar, orientar o modificar algún comportamiento social extremo, generalizado, de cualquier tipo. Artificial en tanto que manipulable sería el fenómeno, tanto como sus causas.

No creo en absoluto que este sea el caso de la influenza en México y el mundo. No creo que la impopularidad del régimen económico-socio-ambiental impuesto por Estados Unidos a sus socios, y luego al mundo, haya llegado a un callejón sin salida. No creo que hoy el Estado Global se encuentre determinado a contener, por estos medios, el hartazgo y la inconformidad de cada vez más gente, y mucho menos que mediante la manipulación de los medios se pretenda paralizar a todos, mantenernos en ascuas, somnolientos.

Lo que sí creo, al igual que los antiguos padres de la sociología, es que el Estado Moderno es, parece y se comporta como un monstruo: una entidad macrocéfala, desquiciada y errática, capaz de idear, inventar y poner en marcha estupideces enormes. Lo que sí creo es que, del mismo modo como en pequeño, un microestado policial es capaz de desaparecer a una familia o a una localidad, erradicar etnias y pueblos enteros, suplantando las historias personales de los individuos e incluso, modificar la historia particular de una región o un país, hoy, es absolutamente posible —mediante los recursos de la ciencia, la inteligencia, el dinero y la política— *ensayar*, en previsión de fenómenos sociales imprevisibles, los costos y utilidades, los riesgos y certezas, y las ventajas efectivas y daños colaterales... no sólo de la factibilidad, sino de la concreción real de una especie de aletargamiento social, plausible, controlado. ☐

Antonio Cruz Coutiño. Mexicano, profesor de la UNACH-Facultad de Humanidades, sociólogo, maestro en estudios regionales y doctor en humanidades por la Universidad de Salamanca, España. Residente en Tuxtla Gutiérrez, efectúa investigación sobre el patrimonio y la identidad cultural de Chiapas. Son de su autoría *La Concordia en Los Cuxtepeques* (2001), *Miramar corazón de la selva y otros relatos* (2006), *De indios, sociedad y EZLN. Crónicas y documentos básicos* (1994-2008).